

Por último, los editores Alan Bryman y Robert G. Burgess, resumen en «Reflections on qualitative data analysis» (pp. 216-226) los que consideran son los puntos esenciales del trabajo cualitativo: la complejidad de la gran masa de datos, el análisis como una fase integrada en el proceso de recolección de los mismos, los procedimientos de codificación, indexación y conceptualización; la identificación de la «grounded theory» (o trama teórica fundamental) como una de las fases principales del trabajo, el proceso de informatización y computarización, el equipo de investigación como alternativa a la investigación en solitario, el trabajo de lugares o casos múltiples, y el engranaje de los datos cuanti y cualitativos.

En mi opinión, el libro es útil como ejemplo de análisis metodológico, algo que desgraciadamente no suele ser muy frecuente en ciencias sociales, pero además lo es también por ofrecer al lector una excelente panorámica de las tendencias más recientes, así como por brindar la oportunidad de sumergirse rápidamente en la investigación cualitativa que, de forma interdisciplinar y sistemática, ha venido desarrollándose en la comunidad científica durante las últimas dos décadas.—MARGARITA DEL OLMO PINTADO.

PINILLA, Carmen María: *Arguedas: conocimiento y vida* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 1994), 284 pp. Prólogo de Francisco Miró-Quesada Cantuarias.

Estamos ante otro de los innumerables análisis de la obra del escritor y antropólogo José María Arguedas, publicados dentro y fuera del Perú a partir de la desgraciada desaparición del autor a fines del año 69. Este estudio, sin embargo, es de una socióloga peruana que ha obtenido con su obra el título de tal, bajo la dirección de Alberto Flores Galindo —también desaparecido en plena y madura juventud, en marzo del 89—. Entre otros méritos, la autora nos ha querido dejar en esta *opera prima*, un estudio sociológico ambicioso —como son todos los que miran fuera del estricto cuadro académico— que trascienda el inmediato presente en que vive, y se destine a un ámbito mayor que el peruano, su propio país.

Desde luego, tiene un interés especial para los lectores españoles: no sólo porque Arguedas es un conocido escritor en lengua española, sino por su interés personal en la cultura rural y tradicional de España. Como es sabido, Arguedas visitó España en el primer semestre del año 58 para llevar a cabo un trabajo de campo en una comunidad española —eligió las de Bermillo y La Muga, en la comarca zamorana de Sayago—, susceptible de comparar con las comunidades peruanas; y el resultado de su estudio (financiado por la UNESCO) dió lugar a su tesis doctoral de Antropología, en la Universidad de San Marcos. Presentada en 1962, no se publicaría hasta 1968 y con variaciones: no siendo muy conocida por los colegas españoles, sin embargo ha sido republicada por el Ministerio español de Agricultura en 1987, en su colección de Clásicos Agrarios. Se trata, en realidad, de uno de los primeros trabajos antropológicos de campo modernamente llevados a cabo en España, simultáneo al de Carmelo Lisón, y poco después de los de Pitt-Rivers y Michael Kenny. Tiene un interés suplementario para este Departamento de Antropología del C.S.I.C., porque fue en él donde Arguedas recibió acogida oficial, al principio de su arribada.

La autora conoce bien esta parte hispánica de la biografía de Arguedas, e incluso realizó hace poco un viaje trimestral de estudios para recoger información al respecto.

Pero no es exactamente el tema de su estudio presente, sino más bien su corolario lógico. De lo que trata ahora es de examinar en general la relación dentro de la obra de Arguedas entre su escritura —literaria y antropológica— y su biografía, como se indica en el título. La justificación del estudio se deriva de que un hombre como Arguedas no puede entenderse como 'autor', sino en función de su vida: en particular, de su infancia (ligada a los graves problemas sociales y raciales de la sierra central del Perú) y de la decisión definitiva, tomada en su temprana juventud escolar, de dedicar su vida a mejorar la suerte de los indios y de la sociedad peruana, a base del estudio local y nacional, y de la divulgación apasionada y apologética del mismo.

Huérfano de madre desde los 3 años, el nuevo matrimonio de su padre —abogado itinerante, y de opiniones políticas reformadoras— con una hacendada de Andahuaylas le colocó en posición de sufrir la suerte de los indios, de parte de su madrastra. Considerado desde entonces racialmente un indio —o sea, un campesino procedente de la sierra, estigmatizado social y culturalmente por la oligarquía serrana incluso en su propia casa, o por la burguesía de la costa limeña, destino masivo de la emigración peruana— Arguedas destacó en los estudios de secundaria como joven aplicado y temprano director de revistas. Inspirado por la fama grande del romántico Victor Hugo en los años 20 —especialmente de *Los miserables* y de *Hernani*— y por el impulso indigenista de Mariátegui, cuya revista *Amauta* llegaba a los pueblos más retirados de los Andes, el joven Arguedas inicia un duro aprendizaje de escritor y líder estudiantil, que le llevará a comienzos de los 30 a la Universidad de San Marcos (Lima) a estudiar literatura. Después de un largo recorrido por la Sierra como profesor de Instituto, y de una creciente significación nacional e internacional como folklorista activo y como escritor de novelas famosas (*Yawar Fiesta*, 1941) Arguedas regresa después de la Segunda Guerra Mundial a Lima, a estudiar Antropología en su misma Universidad. De la mano de antropólogos europeos y norteamericanos, y de folkloristas nacionales, Arguedas acomete estudios de campo en su comunidad de infancia (Puquio, Ayacucho) y en el valle del Mantaro (Huánuco), que le hacen obtener un título de licenciado en Antropología, al mismo tiempo que se afianza definitivamente su fe programática en la fácil 'integración' de las comunidades indígenas en la sociedad nacional, al ver ejemplos palpables de autodefensa cultural y modernización comercial de los migrantes indígenas estudiados en estas regiones.

A fines de los 50, y ya con cargos importantes públicos como antropólogo y folklorista (de gobierno y universitarios), Arguedas retoma su vocación de escritor de novelas, lanzando al mercado varias de ellas en la editorial Losada de Buenos Aires (su editor preferido): en 1958 *Los ríos profundos*, en 1961 *El Sexto* (Ed. Mejía Baca, Lima) —nombre de una cárcel limeña, donde había estado preso casi un año en 1937, por sus ideas políticas en favor de la República Española— y finalmente publica en 1964 *Todas las sangres*. Será en plena redacción de su novela póstuma *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (B. Aires, 1971) cuando decide quitarse la vida, después de haberlo intentado en 1966 y de reconocer en múltiples cartas a amigos y familiares que no podía ya redactar novelas ni estudios antropológicos: razón aparente por la cual se suicida.

Lo que intenta el presente estudio de Carmen Pinilla es responder al interrogante dramático planteado por su muerte; quizás, no por la muerte misma sino a causa de la trascendencia vitalista de su obra y de su autor. Todos los analistas de Arguedas han concedido atención al fenómeno de su muerte —que ha cargado de más valor épico

la empresa vital del protagonista— y han intentado explicarla... Carmen Pinilla (como otros, como Murra, como Flores Galindo, etc.) piensa que Arguedas sufrió una crisis personal, pero inducida desde el exterior por parte de su propio mundo intelectual: o sea, que Arguedas no se destruyó sino fue destruido. Lo importante, para ella, no es tanto hallar culpables de la muerte de Arguedas como explicarla: en definitiva, y quizás realizando una profunda adaptación al personaje, encontrar la lógica vital —autobiográfica y sociológica— de su muerte. Ella entiende que el autor apostó su vida a la defensa de una causa —la comprensión de la cultura nacional peruana, en base a las comunidades tradicionales de donde él procedía—, a través de la literatura y de la ciencia social; y que, además de sus problemas personales, al final de su vida la incompreensión de la comunidad científica peruana respecto de su dedicación interdisciplinar y de sus convicciones ético-políticas arruinó la posibilidad de realizarse felizmente. El rechazo sufrido en una mesa redonda del Instituto de Estudios Peruanos (Lima, 1965), de parte de críticos literarios y sociólogos invitados a censurar su novela *Todas las sangres*, desencadenó su definitiva crisis personal, dada su incapacidad de seguir escribiendo y su consecuente —¿lógica?— decisión de morir.

Para ello divide su obra en dos partes, independientes pero íntimamente relacionadas. En la parte primera («Biografía, experiencia y conocimiento en J.M.A.») se analiza al personaje y su obra, en los términos que ya hemos avanzado, concluyendo con un análisis de su concepto del conocimiento en la línea del filósofo Wilhem Dilthey —cuyas múltiples obras, traducidas por el F.C.E. y la Revista de Occidente, habría revisado Arguedas—. Frente al modelo académico de conocimiento del hombre como parte de la naturaleza —que se rechaza como cientifista y positivista—, Dilthey y Arguedas opondrían un conocimiento de la realidad social como algo diferente, captable por el hombre ordinario sin necesidad de teorías y visiones encorsetadas de la realidad. La seguridad de la visión del hombre andino en Arguedas provenía de su larga intimidad biográfica con él, y de la importancia atribuida por el autor a la «comprensión» empática de sus problemas: un modo de conocimiento intuitivo, que la tradición antropológica a veces ha tenido como propia (visiones del director del IEP, José Matos Mar, o del maestro francés de Arguedas, profesor François Bourricaud). Arguedas pensaba que esta capacidad le valía no solamente para su estudio antropológico —de cuya historia 'profesional' tenía temor de estar alejado, como expresaba con frecuencia, incluso en su tesis doctoral— sino principalmente para escribir literariamente. Mucho podría indicarse en favor de esta opción antropológica y sus concomitancias con la escritura literaria, si incorporáramos al caso los debates más recientes de los años 80, ligados al movimiento post-modernista (por ejemplo, «El antropólogo como autor» de Clifford Geertz).

La segunda parte del libro («Mesa redonda sobre «Todas las sangres», y el encuentro de dos modos de conocimiento de la realidad social») ocupa casi el doble de espacio (pp. 109-273), y puede ser considerado el plato fuerte. Es una relativa novedad del texto ofrecer la prueba para considerar un debate sostenido el 25 de junio del 65 en la sede del IEP —entre Arguedas y un grupo de críticos literarios y sociólogos— como causa posible del suicidio del autor comentado: como desencadenante de la crisis personal —bajo cuya impresión escribiría todavía muchos textos, parciales e interrumpidos, entre ellos el prólogo a la tesis doctoral—, que impediría a José María seguir escribiendo. Brevemente explicado el proceso de la prueba, la autora trata en sólo una docena de páginas lo que fue aquella mesa redonda, pero nos prepara para valorar esa

descripción concisa con dos grandes apartados previos: uno sobre los antecedentes de la novela de Arguedas (1964), y otra sobre los antecedentes y consecuencias del debate del IEP.

En definitiva, la novela en cuestión se había considerado la obra cumbre del autor, que había logrado incorporar a la acción a toda la sociedad peruana —todas las sangres—, y ya no sólo a las comunidades aldeanas, o a los personajes aislados antes historiados. En la novela se enfrentaban personajes-tipo, unos en favor del progreso urbano y otros de la tradición, pero es el drama el que les llevaba a hablar de los problemas pendientes del país peruano (en el campo económico, familiar, político, etc.). Sin una ideología clara (objeto de ataques de sus críticos literarios), y refiriéndose indistintamente a unas u otras épocas recientes del país (crítica sociológica), se proponía como vía de solución real una convivencia compleja de personajes opuestos, en los que las figuras de don Bruno, Fermín o Rendon Wilka luchaban por imponer sus puntos de vista en medio de un caleidoscopio social y cultural, en que la tradición a veces parecía ofrecer una salida moderna al país. Esto chocaba profundamente con las ideas modernistas triunfantes en los años 60: Arguedas les resultaba a los escritores coetáneos muy ambiguo desde el punto de vista político, y muy poco sofisticado y coherente desde el punto de vista formal.

Pero su obra, a pesar de todas esos cuestionamientos, se consideraba una epopeya del pueblo peruano, y así se daba a entender en la prensa, y en las revistas nacionales e internacionales que la comentaban. Perú era un hervidero de debates político-culturales, poco antes del golpe militar del general Velasco, y en pleno triunfo de Castro en Cuba. El asesinato de Kennedy en 1963 había disparado los contactos entre escritores, científico sociales y políticos americanos, y una de las iniciativas resultantes había sido el Instituto de Estudios Peruanos, una institución moderna para promover el desarrollo nacional a partir de la ciencia, dirigida por José Matos Mar, antiguo profesor de San Marcos. En mayo de 1965 organizaría este instituto una mesa redonda general sobre Literatura y Sociología; a comienzos de junio otra, para oír las investigaciones sobre las haciendas y el indigenismo peruano del profesor francés H. Favre —principal adversario de Arguedas en la mesa redonda sobre «Todas las sangres»—, y pocos días antes (del 14 al 17 de junio) Arguedas había asistido a otra mesa redonda de tres días en Arequipa («Primer encuentro de narradores peruanos»), donde quedaría consagrado como el Homero del pueblo peruano, junto con Ciro Alegría, su obra como la «novela nacional», si bien desprovista de las sofisticaciones habituales de la joven novelística latinoamericana, representada entonces en Perú por «La ciudad y los perros» de Vargas Llosa, o en general por las novelas de García Márquez, Carlos Fuentes, Juan Rulfo o Julio Cortázar.

Cuando Arguedas se encontró en la mesa redonda del IEP de 25 de junio con que, no solamente los escritores o críticos literarios sino sus colegas peruanistas —unos sociólogos cargados de prestigio nacional e internacional, fundamentalmente H. Favre y Aníbal Quijano— criticaban duramente su novela como poco realista (porque hablaba de castas cuando había clases; o de indios cuando solamente había campesinos, ya que los indios eran una creación colonial y no una entidad arcaica, como pensaba el indigenismo) y como negativa para el desarrollo nacional, su defensa confiada comenzó a perder brío, y su seguridad personal se resquebrajó... Comenzó a aceptar que posiblemente él se refería a otros años —no a la actualidad—, a una parte del país —no a todo él—, o que sus observaciones no tenían en cuenta las nuevas teorías

—base para asegurarse la garantía de verdad y realismo—... Si bien, poco después Arguedas comenzaba aparentemente a reaccionar —animado por comentarios cariñosos de sus amigos y admiradores—, a distanciarse de los que llamaba ya con sorna ‘los doctores’, y a valorar el lado intuitivo —y no científico formal, y bien basado teóricamente— de la realidad peruana (o de la española, como reconoce en el prólogo a su libro sobre Sayago), sin embargo la frase pronunciada en el debate, batiéndose en retirada, seguía sonando atronadora: «Si [mi novela] no es un testimonio, entonces yo he vivido... en vano». Así se tituló el libro en que se publicó este debate en 1985 —*He vivido en vano*—, tal vez en un acto de expiación del Instituto de Estudios Peruanos.

La autora, apoyada en buenos filósofos (Gadamer, Habermas...), llama «posición cientifista y positivista» a esta crítica de los sociólogos. Quienes nos educamos en el Instituto de Estudios Antropológicos de Madrid (1965-68), fundado por Claudio Esteva —por cierto, peruanista conectado con el IEP— conocimos bien estos debates frecuentes y acerados (entre la sociología y la antropología, entre la antropología y el folklore, entre la antropología y la filosofía, entre la antropología cultural y la social...), que pretendían intervenir en el ámbito académico de un modo perentorio y urgente, escudados en su trascendencia social. La ciencia social se suponía estar eminentemente al servicio de la sociedad y de los ideales de nuestro tiempo, y en posesión de la realidad, gracias a sus métodos indudablemente científicos... —tales confianzas han provocado justificadamente el escepticismo post-moderno—. En los años 60 llegó a España también una versión de esta reacción cientifista en la antropología, y encontró las mismas actitudes anteriores contra las que intentó combatir: principalmente, los estudios de folklore y la literatura costumbrista... Afortunadamente, el resultado no fue tan dramático para nadie, y se produjeron diversas alianzas y matrimonios mixtos.

El gran José María llegó a España un poco pronto para poder verlo, y solamente tuvo contacto fugaz e intermitente con el C.S.I.C. Pero nos dejó una excelente monografía en la línea de Joaquín Costa, que le permitió comparar las comunidades aldeanas españolas con las propias, conocidas intuitivamente desde su infancia. Esta visión retrospectiva de Carmen M. Pinilla nos ayuda a rescatar en todo su valor el esfuerzo etnográfico del primer latinoamericano interesado por la antropología española. Bienvenida sea.—FERMÍN DEL PINO DÍAZ.